

EL PROGER JOSE LAURENCIO SILVA*

Por LUIS J. ACOSTA RODRÍGUEZ < A

Una designación en alto grado honorífica, emanada de este Ilustre Concejo Municipal, me ha conferido la grata misión de llevar la palabra como Orador de Orden en esta Sesión Solemne, conmemorativa del natalicio del General en Jefe José Laurencio Silva, quien es la figura histórica más relevante y gloriosa del Tinaco, y cuyo eximio nombre constituye reserva inagotable de estímulo local, y es motivo justificado de bien inspirado orgullo comarcano para todos los integrantes de la comunidad cojedeña.

No se me escapa que afronto, en esta señalada ocasión, una tarea difícil y exigente a todas luces, como es la de hacer el panegírico de esa meritoria cifra del procerato venezolano en este su terral nativo del Tinaco, que además de constituir el lugar genésico del Héroe, ostenta la credencial singularísima de ser tierra de oradores notables, pues de sus ámbitos también salieron dos exponentes muy destacados de elocuencia tribunicia, como fueron en sus respectivas horas de figuración generacional, un doctor Eloy Guillermo González y un doctor José Carrillo Moreno, a quienes me complace tributar, en esta oportuna ocasión, un merecido y consecuente recuerdo.

Sin tener las dotes expresivas de tan relevantes cultores del arte de Pericles, me atrevo a elevar mi voz en este honorable recinto del Cabildo local, impulsado sólo por la intención de corresponder, en la medida de mis modestas aptitudes, al honroso cometido que me fue confiado por esta Cámara Edilicia, y estimulado por la presencia de un público tan nutrido y selecto, como el que está aquí congregado para dar realce y resonancia a esta patriótica conmemoración. Con la venia de las distinguidas personalidades que integran el Presidium del acto, entramos de inmediato en el tema que sirve de motivo central a esta disertación, para intentar hacer, dentro del corto lapso que un discurso permite, el bosquejo evocador de la procerca figura de Silva, en aquellos aspectos que consideramos de más valiosa y estimulante recordación.

Por el mes de setiembre de 1791, cuando el país, llamado entonces la Capitanía General de Venezuela, vivía el crepúsculo de su etapa colonial y se encaminaba a

* Discurso de orden pronunciado por el Profesor Dr. Luis Acosta Rodríguez, Presidente de la Asociación Nacional de Cronistas Oficiales de ciudades de Venezuela, en la Sesión Solemne del Concejo Municipal del Tinaco, el 7 de setiembre de 1980, con motivo de conmemorarse el natalicio del Prócer, General José Laurencio Silva, Héroe de la Independencia venezolana.

651-661

la alborada de su proceso emancipador, el Presbítero Bachiller Esteban Quero, Cura propio entonces de este pueblo de Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá del Tinaco, asentó con pluma de ganso de crujiente rasguitar, mojada en tinta de buena factura, que dejó trazo indeleble sobre una hoja del Libro de Pardos de la Iglesia Parroquial, de la localidad, y con una letra de caligráfico perfil, fácilmente legible, las siguientes menciones:

“Yo, el infrascrito, bauticé solemnemente, puse óleo y crisma y dí bendición a José Laurencio de la Natividad, quien nació el día siete de dicho mes y año, hijo legítimo de José Damacio de Silva y de María Casilda Flores, de esta feligresía . . .”.

No sospechó el Padre Quero, que al consignar con la tradicional redacción eclesiástica esta partida de nacimiento, con destino al Archivo Parroquial, había elaborado la página más significativa y memorable de la Historia local, porque aquel niño de moreno color, venido al mundo en honesto y humilde hogar tinaquero, a quien bautizó en su frágil estructura humana de recién nacido, alcanzaría después, al correr de los años, una trayectoria cimera de combatiente heroico por la noble causa de la libertad de la Patria, en reiterada figuración bélica durante el curso de la Magna Gesta de nuestra emancipación política, elevándose por méritos intrínsecos, de impávido luchador en mil combates, desde el modesto nivel de hombre del pueblo, plasmado en concreción estupenda de mestizaje racial, con substancia y aliento de telúrica prosapia, hasta la cima del Generalato y la difícilmente alcanzable condición de Héroe destacado, relieves éstos ganados a propio esfuerzo de titánico luchar guerrero, en cuyo transcurso acumuló sobre su moreno cuerpo 18 heridas sufridas en brava lid combatiente, a través de las cuales regó con su sangre generosa los más célebres campos de batalla, que desde Venezuela a la tierra incaica, rutilan los fastos de la independencia hispanoamericana.

Bien sabido es, que a la hora en que Venezuela realizó el magno esfuerzo de cortar las coyundas del coloniaje opresor, para asegurar el disfrute de su independencia y libre determinación, contó con una generación de hombres de brillo descolante, que forman el procerato ilustre de la Patria, tanto en el rango civil, para deliberar con atinada sapiencia en Asambleas y Congresos, como en el campo del fragor bélico, para dejar estela resaltante de combatir heroico, de portentosas realizaciones. Aquí, en este último campo, con gallardía resaltante, descuella el perfil de inmarcesible valía del Héroe del Tinaco, quien ostenta en su haber de combatiente esforzado por la libertad de la Patria, una trayectoria meritísima, de sorprendente continuidad, lo cual lo hace participante de las más sonadas acciones de guerra que se libraron por todos los confines del país en el transcurso de la lucha emancipadora, y después, más allá de las propias fronteras, en aquel despliegue estupendo de proyecciones continentales, con aliento de solidaridad fraterna hacia otras patrias americanas y de integracionista cooperación, que tuvo en Simón Bolívar, iluminado vidente y efectivo realizador.

Consta en documentos fehacientes, que la Historia tiene ya incorporados a su visión de verdad y de justicia, esclarecedoras, lo que hizo José Laurencio Silva, a lo largo de su valiosa existencia, por la dignificación del patrio suelo y por dar gloria refulgente a las armas de la república, desde sus juveniles años, hasta los últimos tiempos de su figuración pública como respetada y prestigiosa figura militar.

¡Qué admirable perseverancia en el patriótico empeño de contribuir con su aporte personal de combatiente animoso, exhibe Silva, en las filas egregias de los libertadores de Venezuela! Desde el inicio mismo de nuestro proceso emancipador a la altura de 1810, aparece ya como miembro de las huestes marciales que defienden el ideal de Patria independiente, con el rango de miliciano en el Batallón N° 9 del Tinaco: luego participa en la campaña que se libra contra las fuerzas realistas que defendían la continuación del régimen colonial, atrincheradas en Coro. Aquí asciende, de Sargento Primero Veterano, al grado de Subteniente, en el improvisado ejército que comandó sin favorable suerte el Marqués del Toro, y desde este momento, convertido en oficial del ejército republicano, lo vemos en reiterada participación, brindando el concurso de su fornido brazo de lancero, en todos los esfuerzos que se hicieron para consolidar la independencia decretada por el primer Congreso y defender la vigencia de la República naciente. Con esa inquebrantable decisión, colabora en las campañas que comandó el General Miranda, primero en la de 1811, contra los realistas de Valencia, y luego en la de 1812, contra las fuerzas hostiles movilizadas por Monteverde desde Coro. Barquisimeto, San Carlos, Güaica, Güigüe, Patanemo, La Victoria, fueron entonces escenarios tempranos de su trajín guerrero, hasta el momento de ocurrir la capitulación de San Mateo, que marcó el eclipse de nuestra Primera República. Cuando en 1813, el clarín de la liberación resuena de nuevo por los ámbitos de Occidente, en el fulgurante despliegue de la Campaña Admirable que Bolívar conduce, en rauda marcha triunfal desde la zona fronteriza del Táchira hasta el corazón de Venezuela, Silva se incorpora con creciente entusiasmo combatiente a ese ejército republicano que ahora aparecía comandado por un General de 30 años, que ostentaba el recién conferido título de Libertador, con el cual lo ungió por primera vez la Municipalidad merideña. En las filas de este ejército, que con empuje incontenible se abrió paso para restablecer el régimen republicano de Venezuela, el moreno lancero del Tinaco actúa una y otra vez, con muy positiva participación, en aquella hora de batallar sin tregua que entonces transcurre con la más violenta y reñida etapa de la Guerra a Muerte. En Taguanes, en Bárbula, en Mosquiteros, en Araure, en La Victoria, en San Mateo, en Aroa, en la primera batalla de Carabobo, y en muchos otros encuentros de menor cuantía, estuvo Silva, resuelto y animoso, como activo participante, defendiendo con el empuje de su certera lanza la causa emancipadora de la Patria, y cuando se hunde la Segunda República bajo los cascots retumbantes de la caballería realista que Boves conducía con pavoroso frenesí destructor, Silva no se quedó inactivo, sino persiste en continuar la lucha. Fue entonces cuando marcha a los llanos de Apure, a incorporarse a las huestes llaneras de Páez, para alcanzar destacadas figuraciones en el Yagual, en Mucuritas, en Las Queseras del Medio, jornadas combatientes que abonaron su ascenso al grado de Capitán. Cuando Bolívar realiza la campaña de 1818 desde las llanuras apureñas rumbo a los valles centrales del país, con él aparece de nuevo Silva, animado de firme decisión combatiente, que se despliega con animoso empeño en los encuentros de Calabozo y de Ortiz. Así continúa Silva su carrera militar, ya con el grado de Teniente Coronel, acrecentando su prestigio de bravo luchador en la actividad bélica del tercer período de nuestra república, y cuando se libra la fase decisiva de la liberación de Venezuela con la campaña de Carabobo en 1821, allá está Silva, al lado de Bolívar, en aquella jornada de impe-

recedera gloria triunfal, donde recibe, por el arrojo y valentía de su participación, el merecido ascenso al grado de Coronel.

Considero oportuno recordar aquí, a estas alturas del recuento que venimos haciendo de la trayectoria de Silva como esforzado adalid de la emancipación patria, que aún está pendiente corregir la injusticia histórica de haber sido omitido colocar su busto en la avenida de Héroes que exorna la entrada al monumento de Carabobo. Ya la Sociedad Bolivariana de Venezuela, en cuya Directiva Nacional tengo el honor de contarme, emitió en su Asamblea Nacional de 1962, un justificado Acuerdo al respecto, cuyo texto es el siguiente:

LA ASAMBLEA BOLIVARIANA DE 1962

Considerando:

Que el General José Laurencio Silva tuvo una señalada actuación en la Batalla de Carabobo, con la cual se aseguró la independencia de Venezuela el 24 de junio de 1821.

Considerando:

Que entre los bustos erigidos en honor de los Héroes que participaron en tan decisivo hecho de armas, no se incluyó el del Prócer del Tinaco.

ACUERDA:

Art. 1º Pronunciarse públicamente en favor de la erección de un busto al General José Laurencio Silva en el Campo de Carabobo.

Art. 2º Remitir copia de este Acuerdo al Ejecutivo Nacional a los fines consiguientes.

Dado, firmado y sellado en la ciudad de Valencia, en la Casa del General José Antonio Páez, el día veinte y cuatro de julio de mil novecientos sesenta y dos, Natalicio del Padre de la Patria.

Dr. L. R. Betancourt y Galíndez - Presidente

Monseñor Dr. Constantino Maradei - Vice-Presidente

Don Alfonso Marín - Secretario

Dr. José Carrillo Moreno - Vocal

Don Ramón María Suárez - Vocal

Este homenaje de justificado reconocimiento a la destacada actuación que tuvo Silva en la victoriosa jornada de Carabobo, aún no se ha realizado, pese al autorizado pronunciamiento que acabamos de mencionar. Se impone, pues, concertar ahora una acción conjunta del Concejo Municipal del Tinaco, del Gobierno Regional del Estado Cojedes y de la propia Sociedad Bolivariana, que ha sido el vocero de tal iniciativa, para darle a tan encomiable intención, una efectividad cabal, bien sea con vista al Sesquicentenario de la muerte de Bolívar en diciembre de este año, o con ocasión del Bicentenario de su nacimiento, que habrá de conmemorarse por julio de 1983.

El Libertador, que sabía como ninguno valorar la capacidad y valía de los hombres que actuaban a su lado, a la hora en que emprendió la marcha libertadora hacia el Sur del Continente, escogió a Silva, entre los veteranos combatientes que debían integrar aquellos contingentes seleccionados que llevó consigo para completar la obra de la emancipación americana. Ahora Silva, curtido en experiencia guerrera, con la veteranía combatiente que había acumulado en tantos encuentros anteriores, y con sobresaliente nivel de Coronel en la jerarquía militar, será cifra clave de aquel ejército que Bolívar conduce por los ámbitos sureños de América, que al decir del insigne tribuno tinaquero Eloy Guillermo González “Parece en la Historia Americana un largo raudal de gloria, que va cantando por el dorso del Continente, un lejano himno triunfal”.

En esta nueva fase de la Magna Contienda se abren para Silva múltiples oportunidades de figuración heroica como Comandante de aquel glorioso cuerpo de lanceros llamado los Húsares de Colombia, al frente de los cuales supo empinarse al cenit de la gloria, primero en Bomboná, luego en Ibarra, después en Junín y finalmente en Ayacucho. En estas dos últimas memorables batallas de la independencia americana, descuella a gran altura la pujanza combatiente de Silva y esplende con rutilante fulgor el temple heroico del ínclito lancero del Tinaco. Recuérdese que la batalla de Junín, librada en la pampa de este nombre, el 6 de agosto de 1824, fue un combate silencioso, al caer de la tarde, donde no tronó el cañón ni rasgó el aire las descargas de los fusileros. Sólo las dos caballerías enemigas equipadas con armas blancas intervinieron en el sonado encuentro, que inspiró la musa de Olmedo. De un lado, la caballería realista de Canterac. Del otro, la caballería patriota de Bolívar, en cuyas filas estaban aquellos incomparables jinetes llaneros, blandiendo las flexibles y alargadas lanzas, de tremenda efectividad combatiente, cual centauros de incontenible empuje. Aquí, al frente de sus Húsares de Colombia estaba Silva, para cubrirse con el glorioso epíteto de Héroe de Junín.

La pluma de Felipe Larrazábal, al describir con su épico estilo la descollante participación de Silva en este encuentro memorable, nos brinda una expresiva evocación, cuando dice:

“¡Qué heroico esfuerzo el de Silva, que a todos disputó la palma del valor, conteniendo los formidables ímpetus del enemigo o cayendo encima de éstos como un león!”.

El comportamiento descollante de Silva en este reñido combate, que hizo morder el polvo a las huestes orgullosas de Canterac, las cuales se ufanaban de llevar 14 años de triunfos en el Perú, quedó consagrada para la posteridad, en el parte de dicha batalla, dictado por el propio Libertador, donde al referirse a lo que hizo Silva en tal ocasión, asienta:

“Su Eminencia el Libertador, testigo del valor heroico de los bravos que se distinguieron en el día de ayer, recuerda a la admiración de América, al Señor Coronel Silva, que en medio de la confusión del combate rehizo parte de su cuerpo y rechazó los escuadrones que lo envolvían”.

Pero aún faltaba otra demostración estupenda del coraje heroico de Silva y de su descollante bravura y valentía. En la gloriosa meseta de Ayacucho, extendida al pie del Cundurcunca, aquella friolenta mañana del 9 de diciembre de 1824, tendrá

lugar el encuentro decisivo de la independencia para toda la América del Sur, donde la serena estrategia del insigne cumanés Antonio José de Sucre, actuando conforme a los planes e instrucciones recibidas de Bolívar, puso el sello final a la emancipación peruana y consolidó la liberación continental. Allí, en aquel encuentro magno, de épico contorno, alcanzó Silva la cumbre de su batallar heroico, al influir en forma determinante al frente de sus lanceros, en alcanzar la victoria, y al persistir, cubierto de heridas, con estupendo desprecio de su propia existencia en mantener en alto el ardor combatiente, lo cual le vale su ascenso a General de Brigada, decretado por Sucre, en el propio campo donde con la colaboración efectiva de Silva se había logrado tan estupenda y concluyente victoria.

Al relatar con sincero sentimiento admirativo, lo que hizo Silva en Ayacucho, el ya citado Felipe Larrazábal exclama con emocionante estilo descriptivo:

“Al frente de la caballería colombiana estaba Silva. ¿Podrían los realistas resistir su terrible choque? Silva, herido gravemente desde el principio, vertiendo sangre, era irresistible. No pensaba en la muerte, sino en la libertad y en la gloria, y se entraba furioso por las lanzas castellanas”.

(En *Vida del Libertador*).

Lo cual ratifica el historiador Don Vicente Lecuna, al decir:

“Silva, con tres lanzazos en el pecho, después de curado, regresó a finalizar el combate”.

(En *Crónica Razonada de las Guerras de Bolívar* - Tomo III).

Estupenda demostración de heroica fortaleza exhibe Silva en esta ocasión tan memorable de la Historia Americana. Con ese gesto de sobreponerse al dolor físico y a la pérdida de sangre, y con ese empeño en proseguir cumpliendo el deber combatiente, con bravura y estoicismo ejemplares; y fue tan admirable el ejemplo dado por Silva, y tan glorioso su comportamiento en aquella oportunidad, que el propio Sucre llegó a exclamar:

¡¡Envidio las heridas del General Silva!!

Después de culminar su trayectoria heroica en la guerra de independencia con esta actuación tan sobresaliente y ejemplar que alcanzó en Ayacucho, Silva continuará por largo tiempo, recorriendo el sendero de pundonoroso exponente de virtudes militares y de cualidades de esclarecido patriota. En los años 27 y 28, está de vuelta en Venezuela, cumpliendo misiones de fiel colaborador de Bolívar en el propósito de mantener la estructura de la unidad grancolombiana contra todo intento de separatismo desquiciador. Así lo vemos actuar en estrecho contacto epistolar con el Libertador, en la Comandancia del Departamento de Barinas y como Comandante General del Departamento de Guayana; en 1829, vuelve al servicio activo en el ejército de la Gran Colombia, y le toca por eso participar en la acción del Portete de Tarqui, victoria ésta con la cual quedó rechazado el intento de invadir a Colombia para anexas provincias fronterizas del Ecuador. La figuración descolante que Silva alcanza en esta batalla, donde brilló otra vez el genio táctico de Sucre, le valió el ascenso a General de División. Cuando a la altura de 1830, se

reúne en Bogotá el último Congreso de la Gran Colombia, en el cual Bolívar cifró la esperanza de mantener unida a la Gran República que había creado y sostenido durante diez años, Silva participó como Diputado por la Provincia de Caracas, en aquel Conclave llamado Admirable, por la calidad y méritos de la mayoría de sus miembros. Y cuando el Libertador, en muriente declinar físico, llega a su último albergue de San Pedro Alejandrino, a su lado está Silva, para seguir con anhelante inquietud los días agónicos del Grande Hombre, hasta el momento de verlo expirar y de cubrir sus restos mortales con blanca camisa de batista, de ajena procedencia, pues a la hora de morir, como es bien sabido, los efectos personales de Bolívar eran tan exiguos, que no llegó a contar en su magro equipaje con vestimenta adecuada para ser amortajado con la dignidad propia que su rango exigía.

Desaparecido el Libertador, y consumada la desintegración de la Gran Colombia, al hacerse efectivo el separatismo venezolano que Páez encabezó y que abrió paso a nuestra Cuarta República, el General Silva reintegrado a la tierra nativa, recubierto con la gloriosa aureola de combatiente heroico que había sabido alcanzar en los más célebres campos de batalla, continuará en activo servicio militar, montando vela de armas vigilante y alerta, por largo tiempo, como guardián prestigioso de la república, de la soberanía de la Patria y del orden público del país.

En las contingencias que le tocó vivir después, desde la primera Presidencia de Páez hasta el advenimiento de Guzmán Blanco, prefirió mantenerse en cargos estrictamente militares, sin que nunca se dejara tentar por ambiciones caudillescas, como lo hicieron otros jefes prestigiosos de la guerra de independencia. Tampoco reveló Silva apetencias de mando político, y en las contiendas internas que convulsionaron el país en este período de su Historia republicana, cuando se enfrentaron en ardorosa pugna liberales y conservadores, para disputarse el ejercicio del poder, Silva supo asumir una actitud de militar institucionalista, para defender el gobierno legítimo de rango constitucional, contra los alzamientos perturbadores de la paz pública, pero al cumplir tal papel prefirió la vía de la consideración y la clemencia, manejándose con serenidad y equilibrio admirables, y mostrándose generoso y conciliador con los contrarios. Así cumplió Silva misión airosa de pacificador de Venezuela en horas violentas de luchas guerreras desbordadas por la pasión política, entre enconadas facciones, y supo asumir con tacto ejemplar, delicadas funciones de guardián de la tranquilidad y sosiego de la Patria, manteniendo en todo momento una actitud compasiva y humanitaria, frente a la suerte adversa y la desgracia ajena, como lo demostró ante el alzamiento de Páez, al negociar el Convenio de Macapo. La actuación de Silva en esta ocasión es reveladora de la altura espiritual que llevaba por dentro. Con la superioridad numérica y los abundantes pertrechos que tenía el ejército que comandaba en esta ocasión, hubiera podido derrotar en forma aplastante las escasas y mal armadas huestes que Páez dirigía en esta aventura revolucionaria contra el gobierno de José Tadeo Monagas, pero Silva no era un hombre de pasión política ni quería ser, en una contienda civil, instrumento vengativo de ninguna facción. Por eso prefirió negociar con Páez, en lugar de combatirlo, exponiéndose a la crítica y desaprobación del gobierno que defendía. El historiador Félix Soublette,

al reseñar la vida de Silva, tiene un comentario al respecto que consideramos muy digno de mención. Dice así:

“Las fuerzas de Silva eran muy superiores a las contrarias; sin embargo, no abusó de tal ventaja, ni procuró levantar su fortuna sobre la ruina de una gloria nacional como era Páez. Antes bien, aceptó las propuestas que para deponer las armas le hizo Páez, no obstante contrariar con tal resolución la política de Monagas y de su Gabinete. Pero su conciencia política, la honradez de sus principios, no le consentían en manera alguna servir de instrumento a malas pasiones de partido. Por otra parte, el buen sentido moral, el recto criterio de su razón, le hacían considerar las guerras civiles como disenciones de familia, y vistas a esa luz patriótica y cristiana, procuró siempre la solución pacífica de ellas, para no cortar el nudo con la espada”.

(Pág. 89. *Biografía de Silva*)

La línea honrosa y meritoria de conducta que Silva había sabido mantener, tanto en la hora de la lucha emancipadora, como en el curso de las contiendas internas que le tocó presenciar, le valió como justificada compensación de reconocimiento, cuando alcanzaba los 64 años de edad, el merecido ascenso a General en Jefe de la República, consignado en Decreto del Congreso Nacional, en cuyos considerandos se expresa:

“Que las inmarcesibles glorias adquiridas por el Ilustre General José Laurencio Silva, defendiendo la Independencia, la libertad y la soberanía nacional, y que la República agradecida lo aclama como un hombre consciente por sus importantes servicios, por su amor a la causa popular y por haberla salvado repetidas veces de sus enemigos”.

Investido con este rango de General en Jefe de la República, el más alto grado de la jerarquía militar, Silva alcanzó a vivir 18 años más, lapso en el cual alternó el desempeño de altas funciones públicas como las de Ministro de Guerra y Marina y Consejero de Gobierno, con temporadas de tranquila existencia hogareña en el ambiente campestre del valle de Chirgua, donde dirigía tareas agrícolas en tierras de su propiedad. De su matrimonio con la linajuda dama Felicia Bolívar, sobrina del Libertador, había tenido una progenia numerosa, que alcanzó el número de siete vástagos, cuatro hembras y tres varones, que forman su descendencia legítima, quienes al casar, multiplicaron el número de sus familias, los cuales han formado después, esclarecido linaje de relevante figuración social, cultural y política.

Los últimos años del Prócer, se vieron amargados por las molestias derivadas de las numerosas heridas recibidas en combate y por una ceguera progresiva, que lo obligó a recluirse en el ambiente doméstico, al amparo de una modesta pensión de inválido. En esas condiciones lo sorprendió la muerte, a los 82 años de edad, el 27 de febrero de 1873, cuando transcurría en Venezuela la etapa del Septenio guzmancista. En el seno de la máxima representación legislativa del País, tanto en la Cámara de Diputados como en la del Senado, el fallecimiento de tan destacado y valioso venezolano, dio motivo a un Acuerdo de duelo, de uniforme redacción, que reza así:

“La Cámara lamenta profundamente el fallecimiento del Ilustre Prócer de la Independencia, General José Laurencio Silva, tan decidido patriota y esforzado guerrero, como leal y constante amigo del Libertador”.

Esta última alusión, constituye un rasgo muy digno de ser destacado en la vida de Silva, pues contribuye a realzar su valiosa personalidad, al lado de las aptitudes militares que ostenta y de la condición heroica que exhibe en grado eminentísimo. Fue leal siempre, sin oportunismos ni dobleces hacia el Libertador, a quien acató como Jefe Supremo, y por quien tuvo indeclinable consecuencia de afectuosa consagración. Tal rasgo se transparenta, con resaltante fisonomía, en el tono y estilo de las misivas de Silva para Bolívar, como podemos apreciar en aquella carta fechada en Arequipa, el 31 de octubre de 1825, donde dice al Libertador:

“Estimado, respetado y siempre obedecido Señor:
Yo he de acompañar a V.E. siempre, siempre, mientras V.E. quiera, y estoy pronto a servir en donde V.E. me considere más útil”.

Lo cual ratifica en forma rotunda desde Achaguas, el 24 de diciembre de 1826, al decirle a Bolívar:

“Excelentísimo Señor Libertador y Padre de la Patria:
V.E. no tenga cuidado por mi vida, que pienso darme un balazo, si hago algo que no sea del gusto de V.E.”.

Estas no son frases efectistas de halago rastroso, ni expresiones habilidosas para asegurar el favor del Jefe, sino francas manifestaciones del diáfano sentir y pensar de un hombre de rectilíneos procederes, que no manchó nunca sus labios con la mentira ni tuvo inclinación por la hipocresía y el fingimiento. En medio de las ominosas circunstancias que amargaron los últimos años del Libertador, y aún después de su muerte, Silva aparece sin desviarse un milímetro de la firme decisión de ser consecuente y fiel con Bolívar, como lo había expresado con plena sinceridad más de una vez en sus cartas para el Grande Hombre.

Esa dedicación inalterable, que Silva tuvo por el Libertador, la pone de resalto Carrillo Moreno, al intitular la obra que dedicó a su paisano heroico con la compendiada expresión de:

José Laurencio Silva
Paradigma de la lealdad.

Y al afirmar en la página 6 de dicha obra:

“En la guerra y en la paz, en todo momento, estuvo Silva al lado de Bolívar, dispuesto a sacrificarlo todo por la Patria Americana”.

Bolívar, por su parte, distinguió a Silva con un afecto deferente, de singular preferencia, el cual aparece revelado con meridiana claridad, en aquella carta fechada en la Magdalena, el 27 de marzo de 1826, donde le dice:

“Ud. mi querido Silva, debe contar con que yo jamás lo olvidaré y que lo estimo muy de veras”.

Este sentimiento, lo ratificó después Bolívar a plenitud, al poner todo su ascendiente e influjo personal en el círculo de su propia familia, para que su sobrina Felicia Bolívar, contrajese enlace matrimonial con Silva, lo cual es prueba palmaria, de que el concepto de la igualdad social, que Bolívar preconizó como clave del orden republicano hasta el punto de llamarla la ley de las leyes, era en él, no un alarde demagógico ni una afirmación circunstancial de político, sino una convicción arraigada y plenamente sentida, la cual llevó a práctica plena, al propiciar esa unión conyugal de su sobrina, nacida en alto nivel social, en distinguida estirpe de blancos criollos, con un hombre de piel morena, como era Silva, de humilde extracción popular, que había sabido encumbrarse por méritos propios, de intrínseca valía, y no de cuna o de apellido, al primer plano de la figuración heroica como esforzado combatiente por la libertad de la Patria. He aquí la nueva aristocracia en la cual Bolívar creía. Con ello el Libertador ratificaba en el nivel de su propia familia lo que había expresado en el Discurso de Angostura cuando dijo:

“Mi opinión es, legisladores, que el principio fundamental de nuestro sistema depende inmediata y exclusivamente de la igualdad. Hombres virtuosos, hombres patriotas, hombres ilustrados, constituyen las repúblicas”.

Así pensó y procedió Bolívar, y con ello, dejó la pauta selectiva que debe orientar en todo tiempo, la escogencia eficiente y atinada del personal de gobierno y del servicio público, para bien y realce del sistema republicano y democrático.

Una tendencia, que alardea como modernizante de la Historia, y que en la Venezuela de hoy aparece con predominante influjo en el plano docente, según lo he podido constatar al visitar centros educativos para dar conferencias de la Cátedra Bolivariana, que regento, preconiza dejar a un lado o echar por la borda el recuerdo de los Héroes y de las grandes figuras de nuestra Historia, para dar preferencia al análisis de los fenómenos colectivos, y a los procesos de índole económico-social, que tal tendencia considera la trama más valiosa y condicionante del acontecer histórico en todo tiempo y lugar. Salta a la vista que tal orientación responde a una interpretación filosófica de la Historia, que está muy influenciada por intereses políticos en beligerante despliegue, y su creciente difusión proselitista en el ánimo de las nuevas generaciones que asisten a las aulas, guarda estrecha relación con el decaimiento y despectiva actitud que ahora campea en sectores estudiantiles hacia los valqres nacionales de rango individual que constituyen la parte más valiosa de nuestro patrimonio histórico. Consideramos que la Historia debe ofrecer una visión integral del pasado en todos sus aspectos y que el factor individual es uno de los ingredientes que influyen en el destino de las sociedades de hombres. Por eso, frente a esa tendencia, debemos reaccionar en forma positiva para contrarrestar sus perniciosos efectos, acercando la mentalidad juvenil a una valoración esclarecedora de nuestras grandes figuras históricas, para destacar lo que ellas tienen de actitud ejemplar, de noble inspiración, de idealista impulso, y de efectivos aportes a la dignificación y proceso colectivos. Al definir en que radica el elemento substancial que mantiene la personalidad de una nación en el tiempo, en medio del continuo renovar de generaciones, el gran pensador

francés Ernesto Renán, acuñó un concepto orientador, de perpetua vigencia, al decir:

“En el pasado, una herencia de gloria y sufrimientos; en el porvenir, un mismo programa a realizar. He aquí las condiciones esenciales para ser un pueblo”.

Lo cual significa, que sin clara visión histórica y sin aspiraciones a lograr metas comunes, una nación no puede perdurar con robusta alma colectiva. Por eso, la evocación orientadora de los hombres de relieve descollante, cuyas vidas transcurren en positivos y beneficiosos aportes para la sociedad, es sin duda alguna, útil y saludable para robustecer la conciencia patriótica de los pueblos. En ese plano está la vida heroica y ejemplar de Silva, que nos da ejemplos admirables de sacrificios y de glorias por la Patria.

Señoras y Señores!!!

La Asociación Nacional de Cronistas Oficiales de Ciudades de Venezuela, cuya honrosa presidencia ejerzo en la actualidad por bondadosa deferencia de mis colegas, tiene entre sus objetivos específicos de acción institucional y como parte substancial y preferente de su regulación estatutaria, velar por la conservación y realce del patrimonio histórico de las urbes del país, para robustecer con ello la conciencia de nacionalidad, el sentido fecundo de acción patriótica y la perpetuación de la identidad venezolana. Entre los elementos de mayor valía y trascendencia, que pueden dar realce al patrimonio histórico de una comunidad, están las figuras históricas de perfil descollante, cuyas meritorias vidas exhiben facetas ejemplares, de perenne vigencia aleccionadora. Esta importante urbe cojedeña del Tinaco, tiene en José Laurencio Silva, la más meritoria y valiosa concreción humana de su patrimonio histórico, y por eso, con especial agrado en nombre de los Cronistas Oficiales de todo el país, formulo en esta propicia ocasión, a la comunidad tinaqueña y a este Concejo Municipal, que es su más legítimo órgano representativo, la más bien inspirada y entusiasta congratulación, en este día de especial relieve para los fastos locales, que marca la venida al mundo de su hijo más glorioso, más preclaro y más esclarecido.

Que el recuerdo de la vida ejemplar que Silva protagonizó, consagrada al servicio de la Patria y a nobles metas de acción beneficiosa para la colectividad, sea estímulo permanente para los tinaqueros de hoy, de mañana y de siempre, y contribuya, como positivo elemento de superación, a despejar la vía para seguir haciendo la patria independiente que nos legaron los libertadores, es el deseo que me permito formular como parte final de esta intervención oratoria.

Muchas gracias.